

Presencia de la Iglesia

La vía de la evangelización y de la misión Proclamación del reino y actividad terapéutica

Pbro. Angelo Brusco

En el desarrollo de la pastoral de la salud, la evangelización está llamada a realizarse en la vida y en la acción de toda comunidad cristiana, según un auténtico dinamismo de fe en donde - en una inseparable circulación - la Palabra ilumina e interpreta la vida personal, relacional y colectiva, abre a la celebración sacramental y se encarna en ésta, y lleva al compromiso de promoción humana y al testimonio de la caridad y del servicio

Dimensión misionera de la Pastoral de la Salud

La pastoral de la salud, por su naturaleza y por las situaciones existenciales en las que tiene que obrar, tiene una particular «importancia evangelizadora», que la comunidad cristiana debe realizar continuamente. La orden de Cristo: «vayan y curen» aparece inseparable complemento al «vayan y enseñen» y al «vayan y bauticen». Jesús no separa nunca su actividad terapéutica de la proclamación del Reino. «Curar a los enfermos» y «anunciar el Reino» son dos aspectos complementarios de la acción evangelizadora: «Recorría toda Galilea... predicando el evangelio del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias del pueblo». Así como la pastoral general, también la de la salud debe redescubrir la primacía de la evangelización y un nuevo impulso misionero.

A pesar de las repetidas afirmaciones de principio sobre la primacía de la evangelización, se puede hacer notar la falta de una renovada proyección para una gradual actuación en la acción eclesial.

Se precisa una pastoral realizada en el signo de una comunidad cristiana materna, acogedora, corresponsable y misionera. El concilio Vaticano II subrayó la amplitud universal de la misión de la Iglesia y su «solicitud maternal» que debe manifestarse para con todos los hombres, fieles y no. Pero la Iglesia no es solamente madre para sus hijos: también es una madre a través de sus hijos. De ahí la corresponsabilidad y la misión que debe comprometer a todos los miembros de la Iglesia.

De la «primacía de la evangelización» surgen algunas indicaciones importantes para una pastoral de la salud «más evangelizadora» y para una evangelización «más sanadora». Las resumimos de manera esquemática.

La conciencia de la misión de sanar

La necesidad de una más difundida y compartida conciencia de la misión de sanar. En efecto, en la praxis de Jesús y en la tarea confiada a sus discípulos, esta aparece siempre unida al anuncio del reino de Dios y a la buena noticia de la salvación. Hoy también, la Iglesia está llamada a comunicar el evangelio de salvación que es el misterio de Jesucristo, como luz y fuerza en la totalidad y singularidad de la existencia de las personas, ayudándolas a vivir de manera más sana y humana la enfermedad y la salud, el dolor y la muerte, abriendo a una esperanza definitiva las aspiraciones más profundas del corazón humano. Para este fin resulta importante hacer resaltar el sentido teológico de los gestos que se hacen en el servicio a los enfermos. En efecto, a través de la promoción de la salud (medicina preventiva, educación en salud, atención básica...), la

atención de la enfermedad y el alivio del dolor, se participa de la obra de Dios creador. La creación es un proceso permanente, el Señor que vino entre los hombres «para que tengan la vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10) actúa en y a través de mediaciones humanas para que se alcance esa plenitud de vida. Si el camino hacia esa plenitud de vida es exaltante, sin embargo no carece de sufrimiento, como lo señalan las palabras de Pablo: «Bien sabemos que toda la creación gime y sufre hasta hoy los dolores del parto...». De ahí que la perspectiva, la cual se inscribe el ministerio en el mundo de la salud es la de los tiempos definitivos. Es la esperanza de los «cielos nuevos y de la tierra nueva» (2 Pt. 3,13) que anima, en el tiempo presente, al profesional de la salud y del agente pastoral mientras sanan las heridas de los cuerpos y de las almas y mientras se empeñan por la promoción de la salud.

En segundo lugar, por medio del servicio a los enfermos y la promoción de la salud Dios es glorificado en el cuerpo humano. El cuerpo participa del valor absoluto de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios; sale de sus manos como «cosa buena» para acoger y vivir como un don, y así hacerse don. El cuerpo no es una realidad que se opone al espíritu, sino una dimensión enajenable de nuestro ser, que hay que vivir en unidad con el espíritu, en una concreta y armónica integración.

La glorificación de Dios en el cuerpo humano se realiza con diferentes actitudes. En la promoción de la salud se ponen de relieve las maravillas que resuenan en los salmos ante la grandeza y belleza del hombre (cf. Sal. 8) o aquella actitud de maravilla que Adán sintió ante Eva. Al curar el cuerpo herido, enfermo, envejecido, se proclama su dignidad que no está perjudicada por las degeneraciones causadas por la enfermedad o por el correr de los años, porque -aún en la experiencia de su propia fragilidad- queda intacta la dignidad de la persona humana.

Para el creyente, la corporeidad adquiere todo su sentido en la perspectiva de la vida definitiva. En la victoria de Cristo sobre la muerte está incluida la promesa que el Señor «transfigurará nuestro cuerpo mortal para conformarlo con su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas» (Fil. 3,21). Como toda la experiencia humana, también la corpórea está atravesada por el misterio pascual, de la muerte y resurrección. Por consiguiente el creyente está llamado a administrar su propia corporeidad, sea en los momentos y en los aspectos exaltantes de la fuerza, de la vitalidad y de la belleza, sea en los de la fragilidad y de la destrucción.

En fin, a través de la atención a los enfermos se expresa la fe en la resurrección. La práctica del ministerio en el mundo de la salud se confronta continuamente con el sufrimiento, la enfermedad y la muerte. Mientras, ante estas realidades, muchos hermanos y hermanas se comportan como personas que no tienen esperanza, el creyente sabe que la línea descendente de la vida ya no se puede vivir como una realidad de muerte, sino de vida nueva, de gracia y de resurrección. Los profesionales de la salud y los agentes de pastoral están llamados a expresar esta certeza a través de los gestos terapéuticos, el acompañamiento rico de humanidad, la celebración de los sacramentos, sobre todo la eucaristía y la unción de los enfermos. ¿Asumir la atención del enfermo y del moribundo, ayudarlos para que -mientras el hombre exterior se va deshaciendo, el hombre interior se renueva día a día- no es ya cooperar en aquel proceso de resurrección que el Señor ha colocado en la vida y en la historia de los hombres?

Una salvación integral

El compromiso de actualizar la praxis evangelizadora de Jesús para con los enfermos, superando los límites de una pastoral de la salud reductiva y promover, en cambio, una

acción de servicio a la salvación integral ofrecida por Cristo, con toda su forma humanizante y liberadora.

La atención a los enfermos más necesitados

Es necesaria una opción preferencial por los enfermos más pobres, débiles y abandonados. Enviada, como Jesús, a anunciar a los pobres un alegre mensaje, toda comunidad cristiana podrá anunciar y comunicar mejor el evangelio de salvación del Dios amante de la vida, precisamente a partir de los últimos y de los más necesitados, haciéndose presente en donde la vida está más amenazada e indefensa. No se trata de una elección de parte o ideológica, sino de una auténtica perspectiva evangélica, que se vuelve signo fuerte de esperanza y de salvación plena para todos en la sociedad actual. Esto exige hacerse prójimo de los más débiles e indefensos, defender y promover la dignidad humana de cada uno, comprometerse a superar las injusticias que se reflejan sobre los más débiles, educar a la ayuda generosa.

La acción misionera en la “cultura”

Un preciso y urgente compromiso para las comunidades eclesiales y para la pastoral de la salud consiste en promover una renovada cultura de la salud, haciendo que la luz y la fuerza del evangelio empape y transforme el modo de pensar y de obrar actual respecto de la salud y de la vida. Al lado de los progresos y de las nuevas sensibilidades positivas desarrolladas en el mundo de la salud, no se pueden ignorar visiones reductivas, dualísticas, egoístas y no amantes de la vida en su totalidad. Para una comunidad cristiana, evangelizar la cultura del mundo de la salud significa hacer aún posible el encuentro, o sea la encarnación, entre lo divino y lo humano, de manera que lo humano sea signo cada vez más expresivo de lo divino, y la salud sea el signo del Reino de Dios ya presente entre nosotros aunque todavía no realizado completamente.

Se trata de promover el crecimiento de comunidades cristianas capaces de generar salud: en el clima y ambiente fraterno que saben crear, en la relación recíproca que desarrollan, en la tarea educativa y formativa de las personas, en los sacramentos que celebran, en la atención amorosa y respetuosa para con los enfermos y los necesitados en el servicio generoso, en los signos de acercamiento y de esperanza a quien sufre.

Valorando e involucrando a todos

Valorar las diversas presencias evangelizadoras en el mundo de la salud y hospitalario, en una pastoral más orgánica y encarnada en el territorio. Hay que superar cierta mentalidad de delegación o de simple eficiencia, para promover una corresponsabilidad eclesial y solidaria al servicio del evangelio que es para la sanación y salvación integral de las personas.

Es necesario reconocer y acoger la tarea evangelizadora de los enfermos, de los que sufren, de los incapacitados en las comunidades cristianas y en la sociedad. En la diaconía de la salud, como diaconía al evangelio de salvación, no existen en efecto personas que sólo dan o sólo reciben, sino que todos siempre dan y reciben. El enfermo y sus familiares no son sólo objeto de cura y de asistencia, sino sujetos responsables de la situación en que se encuentran a causa de su enfermedad.